

parecieron sin duda tan tristes unas como otras; después bajó al entresuelo para examinar los tapices, con el aire de un hombre que no tiene derecho para estar allí; y como de pronto divisase á su mayordomo, aquel servidor imponente, cuya sola mirada le confundía, huyó presuroso y fué á encerrarse en su cuarto, donde permaneció hasta la hora de ocupar su elegante coche para ir á comer fuera. El poderoso capitalista fué lisonjeado, según costumbre, por las notabilidades del foro y de la banca, que le hicieron todas las cortesías apetecibles; y á media noche volvió solo á su casa para entregarse al reposo.



CAPITULO XXXIV

El banquete de boda

Enrique Gowan y su perro frecuentaban muy á menudo la quinta de Meagles, pues ya se había fijado el día de la boda, acordándose invitar á los Barnacle, á fin de que esta poderosa é ilustre familia comunicase á la unión de los dos jóvenes todo el honor y la brillantez que buenamente se podía dispensar á una cosa tan insignificante.

Reunir á toda la familia de los Barnacle hubiera sido empresa imposible, por la sencilla razón de que no existía una casa bastante grande para contener á todos los individuos y aliados de tan ilustre raza; pero podíase invitar á cierto número, y la señora Gowan se encargó de ello con la mayor actividad. Presentábase muy á menudo en casa de la novia para agregar algún nombre á la lista de los convidados, y celebraba breves entrevistas con el señor Meagles cuando el infeliz no estaba ocupado (por desgracia sucedía esto con harta frecuencia,) en examinar y saldar las cuentas de su futuro yerno.

Entre los convidados había uno que interesaba á Meagles más que todos los Barnacle del mundo, y cuya ausencia le habría causado el mayor sentimiento: era Arturo; pero Clennam había hecho una promesa cierta tarde en que le dieron unas rosas, y creíase formalmente obligado á cumplir la palabra que dió á la hermosa joven en la sombría alameda, por lo cual contestó á su amigo cuando éste le preguntó cuál era su intención:

—Ciertamente que vendré; no tenga usted cuidado.

Meagles parecía un poco apurado sobre lo que debería hacer respecto al socio de Arturo, Daniel Doyce; pero éste le sacó del compromiso presentándose en la quinta con la libertad de antiguo amigo, para pedir como especial favor que no le convidaran.

A Meagles le divirtió mucho aquella nueva excentricidad de su amigo, pero limitóse á contestarle:

—Sea, Daniel, sea; una extravagancia más, pero hágase como usted guste.

La semana que precedió al casamiento fué una semana de trastorno y molestias sin cuento. Meagles aparecía siempre contento delante de Minnie y de Gowan, pero más de una vez Clennam observó que se le escapaban las lágrimas mientras menejaba sus balanzas; y con frecuencia notó en su semblante una nube de tristeza cuando miraba á los novios pasearse por el jardín.

Como no hay plazo que no se cumpla, al fin amaneció el día fijado para el casamiento, y con él llegaron los Barnacle invitados á la comida de boda, entre los cuales figuraban principalmente Tito Barnacle, del ministerio de Circunlocuciones, su señora, su hijo y sus hermanas, y otros representantes de la misma familia, altos funcionarios públicos ó representantes de la nación.

La comida de boda no fué tan animada ni tan agradable como hubiera podido serlo. Meagles, humillado por sus ilustres huéspedes, aunque le lisonjeaba su presencia, parecía estar fuera de su centro. El señor Tito Barnacle no pudo menos de observar á su vecino que veía en la misma mesa á una persona cuya sola presencia le inquietaba; mientras que su hijo manifestó á dos estúpidos parientes suyos, con aire de indignación, que cierto individuo allí presente había ido á su oficina sin carta de audiencia, diciendo que necesitaba saber alguna cosa; y que si se le antojaba hacer de nuevo su reclamación en medio del banquete, sería lance divertidísimo.

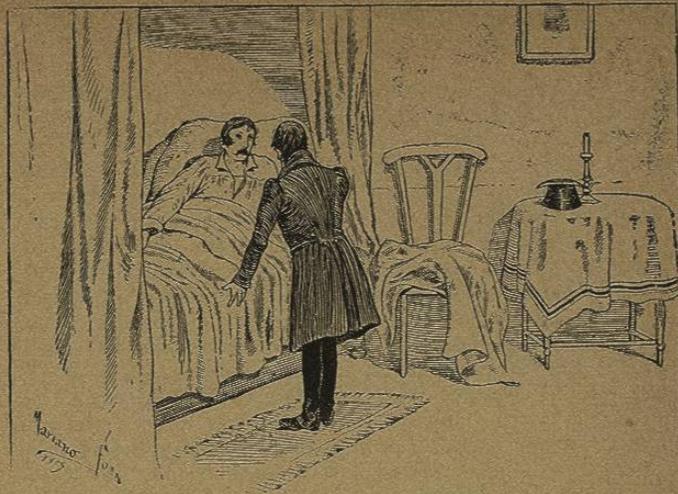
La parte menos enojosa de la fiesta fué la que contristó más á Clennam. Cuando Meagles y su esposa abrazaron á Minnie en el saloncito donde estaban los dos retratos (allí no se permitía entrar á los convidados,) antes de acompañarla al umbral de aquella puerta que la hermosa joven no debía volver á traspasar para ser como antes la favorita de la casa, la escena que se siguió fué tiernísima. El mismo Gowan no pudo menos de conmoverse cuando Meagles le dijo: «¡Oh Gowan! ¡Cuide usted mucho de ella, cúidela usted mucho!» y contestó con calor: «No se aflija usted así, caballero; por vida mía, que no dejaré de hacerlo.»

Después de los últimos sollozos y palabras de ternura, y de dirigir á Clennam expresiva mirada, como para recordarle la promesa que hizo al recibir las rosas, Minnie se dejó caer en el interior del coche, el esposo saludó por última vez con la mano, y el vehículo se puso en marcha camino de Douvres.

Los convidados quedaban ya en libertad de retirarse, y como los Barnacle, hombres de grande importancia, tenían siempre prisa á causa de sus graves asuntos, despidiéronse dando á entender á los señores Meagles, con la mayor afabilidad, que habían aceptado la invitación por deferencia á los padres de la novia, haciendo un sacrificio en su favor.

Había quedado un gran vacío en el corazón de los Meagles y también en la casa; pero este último debió consolarles un poco del primero, por más que se tratase de una... sociedad tan distinguida.





CAPITULO XXXV

Lo que había leído el señor Pancks en la mano de la niña Dórrit

Pancks, cumpliendo la promesa que había hecho á Clennam, le reveló todas las peripecias de sus aventuras como bohemio, dándole á conocer la buena ventura de la niña Dórrit. El decano era heredero universal de una inmensa propiedad largo tiempo ignorada, que nadie reclamara nunca, y cuyas rentas se habían acumulado gradualmente. Su título estaba claro como la luz del día; habíanse vencido todos los obstáculos; la puerta de la cárcel se iba á abrir por fin para dar salida al antiguo preso; Guillermo Dórrit no necesitaba más que poner algunas firmas para ser de pronto poseedor de una inmensa fortuna.

En las investigaciones que fué necesario practicar para establecer los derechos de Guillermo Dórrit, Pancks había desplegado una sagacidad maravillosa, una paciencia y una discreción infatigables.

—Cuando cruzamos juntos por Smithfield—dijo el agente á Clennam,—poco podía yo creer que sucedería esto, ni menos imaginar, cuando le dije que usted no tenía ninguna relación

con los Clennam de Cornouailles, que algún día llegaríamos á saber lo que son los Dórrit de Dorsetshire.

Pancks refirió entonces cómo este nombre, inscrito en su cartera, llamó su atención cuando le oyó pronunciar; y cómo, habiendo observado más de una vez que dos nombres cuya ortografía era idéntica y que pertenecían á la misma localidad no implicaban ningún parentesco, no dió al principio mucha importancia á este hecho. Sin embargo, Pancks se dijo: «¿Qué transformación tan asombrosa se efectuaría en la vida de la pequeña costurera si se consiguiese probar que el anciano Dórrit tiene derecho á esa rica herencia!» El agente pensaba que la circunstancia de haber observado en el carácter de la pequeña costurera algo extraordinario que le interesó y picó su curiosidad, fué lo que le indujo principalmente á seguir adelante en el asunto. Había procedido paso á paso con infinitas precauciones, venciendo los obstáculos uno á uno; y al comenzar su trabajo, súbitas esperanzas sucedieron á una profunda obscuridad. Entonces trabó conocimiento con algunos presos, para poder entrar en la prisión como visitante; los primeros datos útiles le habían sido facilitados por Guillermo Dórrit y su hijo, sin sospechar éstos la menor cosa; con el mayor tacto obtuvo también de ellos otros pormenores sobre la historia de la familia, y así pudo extender sus averiguaciones. En fin, Pancks se convenció de haber descubierto el heredero universal de una gran fortuna, tratándose ya sólo de dar los pasos necesarios para proceder por la vía legal. Después de exigir á su patrón, al señor Rugg, solemne juramento de guardar el secreto, admitióle en calidad de asociado, y de común acuerdo, sirviéronse de Juan Chivery como único agente, pues conocían de sobras su honradez. Hasta aquel día, y sólo cuando varias autoridades infalibles en materia de derecho hubieron reconocido que el mejor éxito había coronado los esfuerzos de Pancks, los tres conspiradores se guardaron bien de confiar el secreto á nadie.

—De modo que, señor Clennam—añadió Pancks,—si todo el edificio se hubiese derrumbado en el último instante, es decir, la víspera del día en que le enseñé mis documentos en la prisión, nadie hubiera sufrido el desengaño y perdido el dinero más que nosotros.

Clennam, que durante este relato había estrechado repetidas veces la mano de Pancks, exclamó al fin, poseído de sorpresa y admiración:

—¡Oh! amigo Pancks, esto le costará mucho dinero.

—Bastante, caballero—contestó el agente con aire de triunfo;—la suma ha sido muy regular, por más que desde un principio se buscó la economía; los desembolsos indispensables nos han puesto á veces en apuros.

—¡Ya lo creo!—replicó Clennam;—no podía menos de ser así; pero ha vencido usted todas las dificultades en este negocio con una habilidad verdaderamente maravillosa.

—Voy á decirle á usted cómo me arreglé—prosiguió Pancks dejándose llevar de su entusiasmo;—primeramente gasté todo lo mío... no era gran cosa.

—Lo siento mucho—repuso Clennam,—pero poco importa, puesto que todo ha salido bien... ¿qué hizo usted después?

—Luego pedí prestado á mi propietario.

—¿Al señor Casby? ¡Qué buen hombre!

—¡Ah! sí, ¡qué noble anciano!—replicó Pancks con tono irónico;—¡qué filantropía y qué confianza la suya!

Clennam sintióse algo confuso por haber elogiado prematuramente al Patriarca.

—Le dije á ese archi-cristiano—prosiguió Pancks,—que tenía entre manos un negocio que prometía mucho, pero cuya realización exigía el anticipo de algunos fondos; y propúsele que me prestara cierta suma sobre pagaré, la cual me facilitó al veinte por ciento, cuidando de agregar los intereses al capital, como buen hombre de negocios. Si la empresa hubiese tenido mal éxito, yo debía servirle siete años más de factotum, descontándose la mitad de mi sueldo... pero el señor Casby es un verdadero patriarca, y se puede considerar como una dicha servirle, aunque sea por nada.

Clennam no habría asegurado que estas palabras no fuesen un sarcasmo de Pancks.

—Cuando el dinero del Patriarca se agotó—continuó el agente,—apelé á la señorita Rugg, que había ganado algún dinero en cierta especulación; y después de exponerle mis razones, avínose á prestarme al diez por ciento, con lo cual pude salir del paso.

—Pero, amigo mío—dijo Clennam,—la recompensa de usted por ese trabajo debe ser magnífica.

—Espero no haber perdido el tiempo, caballero; no tengo nada estipulado; pero esto es un préstamo por una devolución. Con usted ya he cumplido. Satisfechos los desembolsos, pagado el tiempo invertido y saldada la cuenta de la señorita Rugg, si me quedan mil libras esterlinas, será una fortuna para mí. A usted confío el arreglo de este asunto, autorizán-

dole ahora para dar la noticia á la familia como lo juzgue oportuno. La señorita Dórrit debe hallarse esta mañana en casa de mi propietario, y cuanto antes se le dé conocimiento, mejor será. Las buenas noticias nunca llegan demasiado pronto.

Esta conversación tenía lugar en la alcoba de Clennam, que no se había levantado aún, porque Pancks entró á primera hora, despertando á todo el mundo; sin sentarse nunca, sin permanecer quieto un minuto en el mismo sitio, y andando siempre de un lado á otro, había referido todos estos detalles, confirmados por una infinidad de documentos. Cuando hubo concluído, Pancks recogió sus papeles, y estrechando de nuevo la mano á Clennam, precipitose por la escalera como un huracán, diciendo que debía practicar aun algunas diligencias.

Inútil parece decir que Arturo resolvió inmediatamente ir á casa del señor Casby; y tanta prisa se dió, que una hora antes de llegar la niña Dórrit, hallábase ya á la esquina de la calle donde vivía el Patriarca: esto no le disgustó, porque así pudo dar una vuelta para calmarse.

Cuando regresó, la criada le dijo que la niña costurera había llegado ya, y condújole al salón donde estaba Flora; pero Clennam no vió allí á la niña Dórrit.

—¡Bondad divina!—exclamó la señora Finching, con un ademán de sorpresa,—¡usted aquí, Arturo... Doyce y Clennam quiero decir! ¿Quién podía esperar semejante visita? Dispense usted si le recibo en peinador, porque no sabía...; pero, en fin, no nos conocemos de hoy, y creo que no lo llevará usted á mal.

—Yo soy quien debe rogar á usted que me dispense por esta visita tan matinal y tan brusca.

—En otro tiempo, que huyó para siempre, Arturo... ¡ay!... Doyce y Clennam quiero decir... esto es más conveniente, aunque más frío; en otro tiempo, repito, no me hubiera usted rogado que le dispensase, fuera cual fuese la hora en que se presentara.

Por toda contestación, Arturo dijo á Flora que la niña Dórrit era la persona á quien buscaba, y después le comunicó en breves palabras la noticia de que era portador. Flora, juntando las manos, comenzó á temblar y vertió lágrimas de alegría, como podía esperarse de sus buenos sentimientos.

—¡En nombre del cielo!—exclamó, dirigiéndose hacia la puerta,—déjeme usted salir, pues si no voy á gritar ó hacer

alguna tontería que alarmará á todo el mundo. ¡Quién le hubiera dicho hace poco á la pobre muchacha, tan buena y tan humilde, que iba á ser heredera de una gran fortuna! ¡Bien merecida la tiene! ¿Y me permitirá usted, Arturo... por esta sola vez le llamaré así... comunicar la noticia á la tía del señor Finching? Si ve usted inconveniente en ello, nada diré.

Arturo dió el permiso, moviendo la cabeza afirmativamente, y Flora salió al punto de la habitación.

Poco después oyéronse en la escalera los pasos de la niña Dórrit, y abrióse la puerta. Por más que Arturo tratara de componer su fisonomía, no pudo conservar en sus facciones la expresión ordinaria; así es que al verle la joven, dejó caer su costura exclamando:

—¿Qué ocurre, señor Clennam? ¿Qué hay?

—Nada, nada; es decir, nada malo; he venido á comunicarle una noticia... y muy satisfactoria.

—¿Una buena noticia?

—No puede ser mejor.

La joven fijó una mirada profunda en Arturo, que enlazó con su brazo el talle de la niña Dórrit viéndola á punto de desmayarse; mientras que la costurera apoyó una mano en el brazo de su interlocutor, sin dejar de mirarle, pareciendo que sus labios querían repetir las palabras: «no puede ser mejor.»

—Querida niña Dórrit—dijo Arturo,—su padre...

El pálido semblante de la joven se reanimó un poco, pero su corazón comenzó á latir apresuradamente, y la expresión de sus facciones era dolorosa.

—Su padre puede quedar libre antes de terminar la semana próxima—continuó Arturo;—y como nada sabe aún, será preciso que vayamos á comunicarle esta noticia sin pérdida de tiempo.

Estas últimas palabras hicieron volver en sí á la niña Dórrit; sus ojos se cerraron, pero abriéronse en seguida.

—No es todo... no es todo, mi querida niña Dórrit... ¿Quiere usted que le diga lo demás?

Los labios de la joven murmuraron un «sí» que apenas se oyó.

—Su padre no será pobre al recobrar la libertad, ni carecerá de nada. ¿Debo decirle más? Recuerde usted que aun no sabe nada, y que debemos ir á decírselo...

La niña Dórrit pareció pedir tiempo; Clennam se inclinó para escuschar lo que murmuraba.

—¿Me ha dicho usted que continúe?—preguntó.

—Sí.

—Su padre será rico... lo es ya, pues hereda una inmensa fortuna. Todos ustedes serán ricos... y yo doy gracias al cielo, que así recompensa á la más animosa, á la mejor de las hijas.

Y mientras que Clennam abrazaba á la niña Dórrit, ésta apoyó la cabeza en el hombro de su protector, levantó los brazos como para rodear su cuello, y murmurando: «¡Padre! ¡padre! ¡padre!» perdió el conocimiento.

En aquel momento entró Flora, que se apresuró á prodigar sus auxilios á la joven costurera, pronunciando frases incoherentes en una confusión tan vertiginosa, que hubiera sido imposible adivinar lo que decía. Para mayor aturdimiento de todos, entreabrióse de pronto la puerta de una habitación contigua, y en el umbral apareció la tía del señor Finching, que á juzgar por la entonación de su voz, aún esperaba su almuerzo. Sin duda para vengarse del descuido, siempre que un intervalo de silencio se lo permitía, complaciase en dirigir á los presentes sarcasmos lacónicos, tales como: «Apostaría á que esto no se debe á usted... Por más que se le quiera atribuir la gloria de tal descubrimiento, seguramente no tiene nada que ver en el asunto... Pregúntenle ustedes si ha dado jamás un céntimo de su propio dinero.» Todas estas frases injuriosas se dirigían aparentemente á Clennam, á quien la tía del señor Finching profesaba un odio inveterado.

Pero el deseo que experimentaba la niña Dórrit de reunirse lo más pronto posible con su padre para comunicarle la fausta noticia, fué bastante poderoso para reanimarla más prontamente de lo que se hubiera podido esperar con todas las medicinas del mundo. Sus primeras palabras fueron para rogar á su protector que la condujera pronto al lado de su padre; sólo pensaba en él: y cuando se arrodilló para dar gracias al cielo, lo hizo por amor á su padre.

—Pero es preciso que tome usted algo—dijo Flora á la niña Dórrit,—aunque sólo sea una taza de té, pues de lo contrario, le faltarían fuerzas para contárselo todo... Todo el mundo la felicitará, unos sinceramente, otros por envidia, y no pocos con la mejor buena fe; pero ninguno más cordialmente que yo, aunque sé que tengo el defecto de charlar como una cotorra, según le podrá decir Arturo... por esta vez no diré Doyce y Clennam... Adiós pues, hija mía, bendígala el cielo, y ojalá sea usted tan feliz como deseo. Por mi parte,

juro desde ahora que ninguna otra costurera concluirá esa bata, la cual quedará como está, y á la que daré el nombre de «niña Dórrit» en recuerdo de usted, por más que este nombre sea muy singular.

Así habló la viuda Finching al despedirse de su costurera, quien después de abrazar varias veces á su protectora salió con Clennam para subir al coche que debía conducirles á la prisión.



FIN DEL TOMO PRIMERO

